

LIBRO TERCERO

UN GOBIERNO EN BONANZA

Perchè fumin più lante ed odorose
Le vostre mense, é vi corchiate il fianco
In più morbido letto.....
.....
Far che pianga l'onesto cittadino
L'utile artista.....

MONTE.— Galeot.— Manfred.

1

Que á grandes saltos pasará por los acontecimientos de seis meses,
para acercarse al último libro de esta historia.

MUERTO Rodrigo de Paz, Medina muerto en Xicalanco, la tiranía rasgó el velo del temor; y henchida de insolente audacia se lanzó ya libre en los horrores de la persecucion y del pillaje. La codicia de Salazar y Chirinos subió de punto. Los criados de Rodrigo de Paz fueron sometidos á la misma prueba que su señor, para arrancarles el fatal secreto de los *tesoros*.

«Despues, continúa el verídico historiador que hemos citado en otras páginas, los gobernadores, para no omitir diligencia en las pesquisas de estos tesoros, taladraron los cimientos del palacio de Cortés; y Salazar, que queria conci-

liarse la amistad de Albornoz, puso preso á Pedro de Paz, su enemigo; pero este escapó de la carcel, al retraimiento de San Francisco. Muerto Rodrigo de Paz, se creyeron Salazar y Chirinos que ninguno de los vecinos de México era capaz de disputarles el puesto que habian usurpado; no obstante, para todo lance se ganaron amigos; estos eran sus semejantes, porque los hombres de bien detestaban su perfidia. De aquella suerte de gente les pareció hacer caudal, creyendo que sacarian por ellos la cara, caso que la fortuna se mudara, sin acordarse de lo que ellos mismos habian hecho con Paz. En efecto, á estos dieron los repartimientos que Cortés habia distribuido entre sus soldados. En esto entendian, cuando advirtiendo que se hallaban fuera de México Francisco de las Casas, Gil Gonzalez y Diego Hurtado de Mendoza, capitanes de nombre, temieron que siendo estos amigos de Cortés, juntarian gente y vendrian sobre ellos; así que, para prevenirlos los hicieron prender, y con el pretexto de la muerte de Olid, los condenaron á pena capital. No les hubiera valido la apelacion al emperador, de que entonces no se hacia caso, si los vecinos de México, unidos, no hubieran mediado. Pero Salazar y Chirinos se libraron de estos enviándolos presos á Veracruz, y de allí haciéndoles embarcar para Castilla, en compañía de Juan de Peña su criado, á quien dió Salazar doce mil pesos en oro, con muchas joyas y ricos presentes para sus amigos, bien que todo se perdió cerca de la isla de Tayal. Al tiempo que estos navegan, los gobernadores, ansiosos de asegurar á los que se les habian escapado y refugiado en San Francisco, cercaron aquel convento, y sacados de él, los pusieron en la cárcel. Esta insolencia no la sufrió Fray Martin de Valencia, que era el juez eclesiástico en Mexico,

é inmediatamente requirió por tres veces á los gobernadores, amenazándoles con las censuras eclesiásticas, si no reponían en el mismo lugar á los retraídos; pero Salazar y Chirinos, sordos á estos requerimientos, no cesaron. Visto esto por el custodio, fulminó entredicho en la ciudad, y con sus frailes y vasos sagrados, salió en procesion de México, y se fué á Tlaxcala. Esta demostracion desconcertó los proyectos de los gobernadores, que se veían sin fuerzas bastantes para hacer frente á un pueblo que, tocado del poco respeto que mostraban á las penas eclesiásticas, iba á hacer en ellos un ejemplar; y así, poseidos de este temor, hicieron volver á los religiosos, y repusieron los retraídos en el convento. Fray Martin de Valencia, luego que volvió de Tlaxcala, los absolvió públicamente, bien que en este acto de religion se portaron con irreverencia, vomitando muchos dicterios contra los frailes, con grande escándalo de los buenos cristianos.

«Salazar y Chirinos con estas violencias no habian conseguido otra cosa que exasperar los ánimos de los vecinos de la ciudad, cuyo temor y disgustos les salia á la cara. No se les ocultó esto, y por lo mismo procuraron prevenir las consecuencias que de ahí y de la venida de Cortés podían nacer. Para esto, hicieron que se juntaran los ayuntamientos de las ciudades y villas del reino, y que nombraran procuradores que fueran á México á una junta general que reunieron; pero como toda ella estuvo á su devocion, anuló los nombramientos que Salazar y Chirinos tenían de gobernadores por Cortés, y se los libró en su nombre. Se quitaron los gobernadores y demas justicias que él mismo habia dejado, y se sustituyeron otros. En otra junta general se anularon los poderes que tenían Francisco de Mon-

tejo y Diego de Ocampo, para tratar los negocios de aquel reino en la corte, y se destinaron á sucederles Bernardino Vazquez de Tapia y Antonio Villaroel, grandes enemigos de Cortés, señalándoles grandes salarios y ayudas de costa. Villaroel, antes de partir, se presentó ante los gobernadores citando al difunto Rodrigo de Paz á que le pagase cierta cantidad de dinero que decia haberle ganado en el juego, y sin mas pruebas embargaron los bienes de Paz, y le hicieron pago de doce mil pesos. Conseguido esto, se embarcaron á Castilla con orden de contar á su modo lo que en México pasaba, y Salazar y Chirinos, asegurados en la gobernacion, manifestaron toda la perversidad de su ánimo, declarando sangrienta guerra á todos los amigos protegidos de Cortés, á quienes despojaron de sus repartimientos y bienes: hubieran querido asegurarlos á todos; pero no tuvieron esta satisfaccion, porque muchos se les escaparon de entre las manos, otros con tiempo se retiraron á sitios fragosos, y finalmente, algunos se ocultaron de tal manera, que no se supo de ellos hasta que Salazar y Chirinos fueron presos.

«Ni contentos con lo ejecutado, vejaron á los mexicanos, despachando por aquellas provincias hombres sin misericordia que los despojaron de las joyas, oro y plata, y de cuanto poseían de precioso, lo que los alborotó de tal manera, que los unos se huían á los montes, y otros mas animosos empuñaban las armas. En un solo pueblo mataron los mexicanos quince españoles, y propagada por aquellas provincias la nueva del saco que daban los ministros de los gobernadores, buena parte de las costas del Norte se sublevó, y el mal hubiera sido general, si la esperanza de que volviera Cortés no hubiera contenido á los demas.

«Entretanto, la noticia de los alborotos llegó á los gobernadores, que temerosos de que no se trasfundiesen á la capital, hicieron venir á ella cuantos españoles andaban empleados por todo el reino en la saca de los metales: con esto se descuidaron los quintos, y este ramo de la real hacienda se deterioró, y con todo que andaba una sublevacion general, no dejaron estos sus antiguas mañas: quitaron á Albornoz lo que habia juntado de los quintos, y esta cantidad, con las alhajas, oro y plata que habian robado á los mexicanos, las pusieron en manos de dos criados suyos que enviaron á la corte para entregar á sus protectores y amigos. Decian públicamente que no convenia enviar al emperador del reino de México gran cantidad de oro y plata, bastándole anualmente veinte mil pesos, que era lo que rentaba el reino de Nápoles.

«Gobernándose de esta manera el reino de Nueva España, de cuando en cuando Salazar y Chirinos divulgaban por la ciudad varias cartas supuestas, en que les daban cuenta menudamente del modo como Cortés habia sido preso por los mexicanos, y sacrificado á sus dioses con toda la comitiva que llevaba á Hibueras, y para que todos entendieran que lo que las cartas aseguraban era la pura verdad, *autorizaron á las mujeres de los que fueron á aquella jornada para que pudieran volverse á casar*; providencia que dictaron los gobernadores por complacer á dos mancebas que tenian, cuyos maridos, despues de haber logrado ricos repartimientos de los conquistadores, continuamente los tenian empleados en comisiones. A mas de esto, para dar pesadumbre á los amigos de Cortés, unas veces decian que tenian orden del emperador, de prenderlo; otras que si llegaba por allí le ahorcarian: ellos no sabian lo que decian, ni guardaban

consecuencia en vejar á los vecinos y á los mexicanos. Llegó á tanto su insolencia, que á Francisco Bonal, justicia de Veracruz, mandaron que obligara á volver á Castilla á cualesquiera juez pesquisidor que de allá arribara. Por este tiempo, en un viejo torrejon se halló gran cantidad de oro que el tesorero Albornoz pidió para el emperador, conforme á las leyes publicadas sobre los tesoros de los mexicanos; pero Salazar se negó á consignarla, por la razon de que aquel edificio lindaba con su casa.

«El exceso tocaba á lo sumo, y así al mismo tiempo Dios iba disponiendo las cosas de manera que en parte se castigaran aquellos tiranos, y renaciera el orden en la porcion mas noble del Nuevo-Mundo. Fué el caso, que llegaron á los gobernadores en aquellos dias diversos correos despachados á toda furia, con la noticia de que los pueblos de Huayaccic ó *Oajaca*, se habian sublevado contra los españoles y dado la muerte á ocho ó diez de ellos, y á unos ocho ó diez mil mexicanos que estos tenian empleados en la saca de metales; nueva que les fué tan sensible, que inmediatamente Chirinos, con doscientos infantes y cien caballos, salió á aquella expedicion en pos de los rebelados, que cargados de oro, de un peñol en otro se defendieron bravemente, hasta que se hicieron fuertes en uno que no pudieron tomar los españoles en cuarenta dias de sitio, de donde una noche sin ser sentidos alzaron su real, burlando de este modo la pericia militar del gefe español. La jornada de Chirinos, así como fué de sumo gusto para Salazar, que tiempo habia aspiraba al gobierno sin dependencia de otro, tambien aceleró la ruina de ambos. Chirinos, á la verdad, como se puede colegir de lo dicho hasta aquí, no era tan insolente como Salazar, ni menos tan cruel, y por

lo mismo, luego que se publicó en la ciudad y fuera, que solo Salazar quedaba de gobernador, se alborotaron los vecinos, temerosos de lo que les podía suceder, y tambien porque se persuadieron que el viaje de Chirinos era un pretexto, y que la verdadera causa no era la sublevacion de los oajaqueños, sino el ganar los puertos casi inaccesibles por donde Cortés debia volver á México; así que, echando el pecho al agua le despacharon por diversas partes correos, avisándole todo lo sucedido, y previniéndole de la trampa que sus enemigos le ponian. Fué en vano esta diligencia, por el cuidado que tuvieron los gobernadores de cerrar los caminos; ni Cortés hubiera sabido parte de lo que pasaba en México, si á la audiencia de la Española no hubiera llegado la nueva de su muerte y de sus compañeros, como lo habian publicado los gobernadores. Este cuerpo, que en las Indias representaba la persona del emperador, se creyó obligado á la averiguacion de un hecho que tanto interesaba á la monarquía; para esto hizo aprestar una embarcacion, que al mando de un sujeto de confianza, se hiciera á la vela para el reino de México. A pocos dias de salido aquel buque del puerto, surgió en Cuba, en donde á la sazón se hallaba el licenciado Zuazo; este dió noticia al capitán, que Cortés se hallaba en Honduras, y que todo lo que se decia de su muerte habia sido un embuste de los usurpadores de aquella gobernacion. El capitán dirigió allá su camino, llevando pliegos de Zuazo en que daba cuenta á Cortés de que Salazar y Chirinos, fiados en la proteccion del comendador Cobos, se habian apropiado el gobierno, y de todo lo que habia pasado hasta su embarco. Esta fué la primera noticia que Cortés tuvo de los sucesos de México, noticia que le consternó tanto,

cuanto no es fácil explicar. Dudoso del partido que debia abrazar, como español religioso, levanta el corazón á Dios pidiéndole que lo ilumine, manda que se hagan procesiones, y oida la misa del Espíritu Santo, da orden á Gonzalo de Sandoval que marche con la tropa por el camino de Quahtemalan á México: deja en Trujillo á Saavedra, y en la misma vela que le trajo la fatal noticia se embarca para Veracruz. Estando ya sobre una ancla, muda el viento, y vuelve á tierra á paciguar ciertas diferencias de aquellos vecinos. Hizose despues á la vela, y navegaba con buen viento, cuando á dos leguas se quebró la antena mayor, y le fué preciso volver al puerto. Se detuvieron tres dias en empalmarla, y por tercera vez Cortés se embarcó, y habiendo corrido en un dia y dos noches con viento á popa á cincuenta leguas de Trujillo, sobrevino un furioso norte, temible en aquellos mares, y rompió el mástil del trinquete por los tamborettes: con esta desgracia y un mar grueso, apenas pudo la embarcacion entrar al surgidero. Vuelto Cortés á la ciudad, hizo celebrar misas y otras públicas oraciones, y pareciéndole que la voluntad de Dios era que en aquellas circunstancias no fuera á México, en la misma embarcacion despachó á Martín Dorantes, su lacayo, con pliegos en que revocados los nombramientos de gobernadores en Salazar y Chirinos, sustituia en su lugar á Francisco de las Casas. Le entregó al mismo otras muchas cartas para sus amigos, y para autorizar al mensajero, se embarcaron con él muchos caballeros y caciques, personas de cuenta.»